

mujer mas hermosa de su época. Joven, jefe de un partido en el consejo de los *Quinientos*, hermano del primer general del siglo, se sentia lisonjeado con reunir en su persona los triunfos de un hombre de Estado y las coronas de un amante.

«Ocurrióle apelar á una ficcion para declarar su amor á Mad. Recamier, y componiendo una carta de *Romeo á Julieta*, la envió como obra suya á la que llevaba el mismo nombre.»

«Véase esa carta de Luciano, conocida de Benjamin Constant. En medio de las revoluciones que han agitado el mundo verdadero, es curioso ver á un Bonaparte internarse en el mundo de las ficciones.

Carta de Romeo á Julieta por el autor de la tribu india.

Venecia 29 de julio.

«Romeo os escribe, Julieta: si os negáseis á leerme, seríais mas cruel que nuestros padres, cuya largas contiendas acaban al fin de apaciguarse: sin duda esas terribles contiendas no volverán á renacer...»

«Hace pocos dias que solo os conocia por la fama. Algunas veces os habia visto en los templos y en las fiestas: sabia que érais la mas hermosa; mil labios repetian vuestros elogios, y vuestros atractivos me habian llamado la atencion sin deslumbrarme... ¿Por qué la paz me ha entregado á vuestro imperio? La paz está en nuestras familias, pero la turbacion se halla en mi corazon.

«¿Recordais aquel dia en que me presentaron á vos por la primera vez? Celebráramos en un banquete numeroso la reconciliacion de nuestros padres. Volvia del Senado en donde los disturbios suscitados á la república habian causado una viva impresion...»

«Llegásteis vos, y todos entonces se apresuraron á salir al encuentro.—¿Qué hermosa es! decian.

«La multitud pobló por la tarde los jardines de Bedmar. Los importunos que abundan por todas partes se apoderaron de mí: aquella vez no tuve con ellos paciencia ni afabilidad; ¡teníanme alejado de vos!... Quise daros cuenta de la turbacion que se apoderaba de mí: conocí el amor, y quise dominarle: me sentí arrastrado, y abandoné con vos aquel sitio de regocijos.

«Despues os volví á ver, y el amor pareció sonreírme. Sentada un dia á la orilla del agua, deshojábais inmóvil y pensativa una rosa: viéndome solo á vuestro lado, hablé... óí un suspiro... ¡vana ilusion! Vuelto en mí de mi error, vi la indiferencia con frente serena sentada entré nosotros dos... La pasion que me domina rebosaba en mis discursos, y los vuestros llevaban el amable y cruel sello de la infancia y de la chanza.

«Todos los dias desearia veros como si el dardo no estuviese aun bastante fijo en mi corazon. Los momentos en que os veo sola son muy escasos, y esis jóvenes venecianos que os rodean y os dicen lisonjas y galanterías me son insoportables. ¡Puede hablarse á Julieta como á las demás mujeres! He querido escribiros: me conoceréis y no sereis incrédula. Mi alma está inquieta y tiene sed de sentimientos. Si el amor no ha conmovido el vuestro; si Romeo no es á vuestros ojos mas que un hombre vulgar, ¡oh! os conjuro por los lazos que me habeis impuesto, sed conmigo severa; no me sonriais mas, por piedad; no me habléis mas; rechazadme lejos de vos. Decidme que me aleje, y si puedo ejecutar esa órden rigurosa, recordad al menos que Romeo os amará siempre, que nadie ha reinado nunca en él como Julieta, y que él no puede ya renunciar á vivir para ella, al menos en el recuerdo.»

Para un hombre de sangre fria, todo esto es algo ridiculo: los Bonapartes vivian de teatros, de novelas y de versos: la vida del mismo Napoleon, ¿qué otra cosa es sino un poema?

Benjamin Constant continúa comentando esta carta:

«El estilo de esta carta es visiblemente imitado de todas las novelas que han pintado las pasiones, desde *Werther* hasta *La Nueva Eloisa*. Mad. Recamier reconoció fácilmente en muchas circunstancias minuciosas que era ella el objeto de la declaracion que se le presentaba como una simple lectura. No estaba bastante acostumbrada al lenguaje directo del amor para que le advirtiese la experiencia de que quizás no era todo sinceridad en las expresiones; pero un instinto justo y seguro se lo hacia adivinar. Ella respondió con sencillez, hasta con alegría, y mostró mucha mas indiferencia que inquietud. No se necesitó mas para que Luciano experimentase realmente la pasion que en un principio habia exagerado un poco.

«Las castas de Luciano van siendo mas verdaderas y elocuentes á medida que mas se apasiona; pero siempre se nota en ellas la ambicion de adornos, la necesidad de ponerse en actitud: no acierta á decirse sino *arrojándose en los brazos de Morleo*. En medio de su desesperacion se pinta entregado á las grandes ocupaciones que le rodean: admírase de que un hombre como él vierta lágrimas; pero en toda esa mezcla de declamaciones y frases hay, sin embargo, elocuencia, sensibilidad y dolor. En fin, en una carta llena de pasion, en que escribe á Mad. Recamier: «No puedo aborreceros, pero sí matarme,» dice de repente, como reflexion general: «Olvido que el amor no se arranca, sino que se obtiene.» En seguida añade: «Despues que recibí vuestro billete he recibido otros muchos diplomáticos: he sabido una noticia que el rumor público habrá hecho llegar sin duda á vuestros oidos. Las felicitaciones me rodean me aturden... Me hablan de cosas que no sois vos.» En seguida viene otra exclamacion: «¡Qué débil es la naturaleza en comparacion del amor!»

«Esa noticia, que encontraba insensible á Luciano, era, no obstante, una noticia inmensa: el desembarco de Bonaparte á su regreso de Egipto.

«Acababa de desembarcar un nuevo destino con sus promesas y sus amenazas: el 18 brumario no debia hacerse esperar mas de tres semanas.

«Libre apenas del peligro de aquella jornada que ocupará siempre un lugar tan grande en la historia, escribia Luciano á Mad. Recamier: «¡Vuestra imagen se me ha aparecido! Habríais tenido mi último pensamiento.»

CONTINUACION DE LA CARTA DE BENJAMIN CONSTANT.—
MAD. DE STAEI.

«Mad. Recamier contrajo con una mujer, mucho mas ilustre que célebre era Mr. de Laharpe, una amistad que de dia en dia se fue haciendo mas íntima, y que dura todavía.

«Habiendo sido borrado Mr. Necker de la lista de los emigrados, encargó á su hija, Mad. de Stael, que vendiese una casa que tenia en París. Compróla Mad. Recamier, y esta fue para ella una ocasion de ver á Mad. Stael.

«La vista de aquella mujer célebre le infundió al pronto una excesiva timidez. Mucho se ha hablado acerca de la figura de Mad. de Stael. Pero una mirada alta, una sonrisa dulce, una expresion habitual de benevolencia, la carencia de toda afectacion minuciosa y de toda reserva embarazosa; palabras halagüenas, lisonjas algo directas, pero que parecian arrancadas al entusiasmo; una variedad inagotable de conversacion, asombraban, atraian y le conciliaban á todos los que la trataban. No conozco mujer ni aun hombre alguno que mas convencido estuviese

Coppet 30 de abril.

«Sabeis, hermosa Julieta, que mis amigos me han lisonjeado con la idea de que vendríais aquí? ¿No podríais concederme ese gran placer? La felicidad no me ha mimado hace algun tiempo, y tendria por una gran fortuna vuestra llegada, que me daria esperanzas para todo lo que yo deseo. Adriano y Mateo dicen que vendrán; si viniéseis con ellos, un mes de permanencia aquí bastaria para mostraros nuestra brillante naturaleza. Mi padre dice que deberíais elegir á Coppet para domicilio vuestro, y que desde aquí haríamos nuestras excursiones. Mi padre desea ardientemente veros. Ya sabeis lo que se ha dicho de Homero:

Por boca del anciano
La belleza elogiaste.

«Y aparte de esa belleza, sois encantadora.»

VIAJE DE MAD. RECAMIER A INGLATERRA.

Durante la corta paz de Amiens, Mad. Recamier hizo un viaje á Londres con su madre, y llevó cartas de recomendacion del anciano duque de Guignes, embajador en Inglaterra treinta años antes. Este habia mantenido correspondencia con las mujeres mas brillantes de su época: la duquesa de Devonshire, lady Melbourne, la marquesa de Salisbury, y la margrave de Aispach, de quien habia estado enamorado. Su embajada era todavía célebre, y su recuerdo se conservaba vivo en aquellas respetables señoras.

Tal es el poder de la novedad en Inglaterra, que al dia siguiente se leia en las gacetas la llegada de la beldad extranjera. Mad. Recamier recibió las visitas de todas las personas á quienes habia enviado sus cartas. Entre aquellas personas, la mas notable era la duquesa de Devonshire, de edad de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era todavía mujer á la moda y bella, aunque privada de un ojo, cuya falta disimulaba con un bucle de sus cabellos. La primera vez que Mad. Recamier se presentó en público fue con ella. La duquesa la llevó á la Opera á su palco, en donde se hallaban el príncipe de Gales, el duque de Orleans y sus hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais: los dos primeros debian llegar á ser reyes: el uno tocaba al trono; el otro se hallaba todavía separado de él por un abismo.

Los anteojos y las miradas se volvieron hácia el palco de la duquesa. El príncipe de Gales dijo á Mad. Recamier que, si no queria verse abogada, debia salir antes de terminarse el espectáculo. Apenas se puso en pié, las puertas de los palcos se abrieron precipitadamente: nada logró evitar, y fue conducida por las oleadas de la multitud hasta su carruaje.

Al dia siguiente fué Mad. Recamier al parque de Kensington, acompañada del marqués de Douglas, mas adelante duque de Hamilton, y que despues recibió á Carlos X en Holy-Rood, y de su hermana la duquesa de Somerset. La multitud se precipitaba al paso de la extranjera, efecto que se reprodujo siempre que se mostró en público: los periódicos hacian resonar su nombre, y su retrato, grabado por Bartolozzi, fue difundido por toda Inglaterra. El autor de *Antigone*, Mr. Ballanche, añade que fue llevado en buques hasta las islas de la Grecia: la belleza volvia á los sitios en donde habia sido inventada su imagen. Existen de Mad. Recamier un boceto, por David; un retrato de cuerpo entero, por Gerard, y un busto, por Canova. El retrato es la obra maestra de Gerard; pero no me gusta, porque reconozco en él las facciones sin reconocer la expresion del modelo.

La víspera de la marcha de Mad. Recamier, el

se de su inmensa superioridad sobre todo el mundo, y que menos hiciese pesar esa conviccion sobre los demás.

«No habia cosa mas interesante que las conversaciones de Mad. de Stael y Mad. Recamier. La rapidez de la una en expresar conceptos nuevos, y la rapidez de la segunda en comprenderlos y juzgarlos; aquel ánimo varonil y fuerte que todo lo descubria, y aquel ánimo delicado y fino que todo lo comprendia; aquellas revelaciones de un genio ejercitado comunicadas ó una inteligencia joven, digna de recibir las: todo esto formaba una reunion que es imposible pintar sin haber tenido la dicha de haber sido testigo uno mismo.

«La amistad de Mad. Recamier hácia Mad. de Stael se fortificó con un sentimiento que ambas á dos experimentaban; el amor filial. Mad. Recamier amaba tiernamente á su madre, mujer de raro mérito, cuya salud inspiraba ya temores, y á quien su hija no cesa de echar de menos desde que la perdió. Mad. Stael habia consagrado á su padre un culto que la muerte habia hecho mas y mas exaltado. Elocuente siempre en su modo de expresarse, lo es mas todavía cuando habla de él. Su voz conmovida, sus ojos dispuestos á empaparse en lágrimas; la sinceridad de sus entusiasmos conmovian el alma hasta de aquellos que no participaban de sus opiniones acerca de aquel hombre célebre. Muchas veces se han ridiculizado los elogios que ella le prodigaba en sus escritos; pero cuando se la ha oido sobre el particular, es imposible convertirlos en objeto de burla, porque nada que es verdadero es ridiculo.»

Las cartas de Corina á su amiga Mad. Recamier principiaron en la época á que alude aquí Benjamin Constant, y tienen un encanto que casi participa del amor. Daré á conocer algunas de ellas.

CARTA DE MAD. STAEI Á MAD. RECAMIER.

Coppet 9 de setiembre.

«Os acordais, hermosa Julieta, de una persona á quien prodigásteis muestras de interés este invierno, y que se lisonjea de hacerosla duplicar el invierno próximo? ¿Cómo gobernais el imperio de la belleza? Ese imperio se os concede con gusto, porque sois eminentemente buena, parece natural que un alma tan dulce tenga un rostro encantador que la refleje. De todos vuestros admiradores ya sabeis que prefiero á Adriano de Montmorency. He recibido cartas suyas, notables por su talento y su gracia, y creo en la solidez de sus afectos, á pesar del encanto de sus maneras. Por lo demás, la palabra *solidez* me conviene á mí, que no aspiro sino á un puesto bien secundario en su corazon. Pero vos, que sois la heroína de todos los sentimientos, estais expuesta á los grandes sucesos de que se hacen las tragedias y las novelas. El mio se extiende al pié de los Alpes, y espero que lo leeréis con interés. Me complace en esta ocupacion.

«En medio de todos esos triunfos, lo que sois y lo que seguireis siendo, es un ángel de pureza y de hermosura, y tendreis el culto de los devotos y de los mundanos... ¿Habeis vuelto á ver al autor de *Atala*? ¿Continuáis en Clichy? En fin, os pido noticias vuestras. Me complace en saber lo que haceis, en representarme los sitios que habitais. ¿No es todo un cuadro en los recuerdos que de vos se conservan? A este entusiasmo tan natural hácia vuestras raras cualidades se junta el mucho atractivo de vuestra sociedad. Os ruego que acepteis con benevolencia todo cuanto os ofrezco, y prometéme que nos veremos con frecuencia el invierno próximo.»

príncipe de Gales y la duquesa de Devonshire le pidieron que los recibiese y reuniese en su casa algunas personas de su sociedad. Hubo una especie de concierto, en el que ella tocó con el caballero Marin, primer arpista de aquella época, unas variaciones sobre un tema de Mozart. Aquel sarao fue citado en los diarios públicos como un concierto que la hermosa extranjera había dado al marcharse al príncipe de Gales.

Al día siguiente se embarcó para el Haya, y empleó tres días en hacer una travesía de diez y seis horas. Me ha referido que en esos días, mezclados de tempestades, leyó de seguida *El Genio del Cristianismo*, el cual me reveló á ella; según su benévola expresión. Reconozco en eso la bondad que los vientos y el mar han tenido siempre hacia mí.

Cerca del Haya visitó el palacio del príncipe de Orange. Habiéndole hecho prometer este príncipe que iría á ver aquella mansion, le escribió muchas cartas, en que le hablaba de sus reveses y de su esperanza de vencerlos: Guillermo IV llegó, en efecto, á ser monarca. En aquellos tiempos se intrigaba para ser rey como hoy para ser diputado, y aquellos candidatos á la soberanía se apresuraban á ponerse á los pies de Mad. Recamier, como si esta dispusiese de las coronas.

Este billete de Bernadotte, que reina hoy en Suecia, terminó el viaje de Mad. Recamier á Inglaterra.

«Los diarios ingleses, calmando mi ansiedad por vuestra salud, me han hecho saber los peligros á que habeis estado expuesta. En un principio censuré al pueblo de Londres por su excesivo apresuramiento á rodearos; pero os confieso que muy pronto lo encontré digno de excusa, porque yo soy parte interesada cuando hay que justificar á las personas que se hacen indiscretas por admirar los encantos de vuestra celestial figura.

»Enmedio del esplendor que os rodea y que mereis por tantos títulos, dignos recordar alguna vez que el ser que os es mas afecto en la naturaleza es

»BERNADOTTE.»

PRIMER VIAJE DE MAD. DE STAEL A ALEMANIA.—MAD. RECAMIER EN PARIS.

Amenazada Mad. de Stael con el destierro, intentó establecerse en Maffliers, casa de campo á ocho leguas de París. Aceptó la proposición que le hizo madama Recamier, de vuelta de Inglaterra, de pasar algunos días con ella en Saint-Brice, y en seguida volvió á su primer asilo. Lo que entonces le sucedió lo refiere en los *Diez años de destierro*.

«Hallábame á la mesa, dice, con tres amigos míos en una pieza, desde donde se veía el camino real y la puerta de entrada. Era á fines de setiembre; á las cuatro de la tarde: llega un hombre con traje gris, á caballo, y llama: yo estaba segura de lo que me esperaba: preguntó por mí, y le recibí en el jardín. Al acercarme á él me llamaron la atención el aroma de las flores y la belleza del sol. ¡Las sensaciones que experimentamos por las combinaciones de la sociedad son tan diferentes de las que provienen de la naturaleza! Aquel hombre me dijo que era el comandante de la gendarmería de Versailles... Enseñóme una carta, firmada por Bonaparte, que contenía la orden de alejarse á cuarenta leguas de París; y añádase en ella que me hiciesen partir dentro de veinte y cuatro horas, tratándome, sin embargo, con todas las consideraciones debidas á una mujer de nombre conocido... Contesté al oficial que marchar en el término de veinte y cuatro horas era cosa propia de conscriptos, pero

no de una mujer y niños. En su consecuencia le propuse que me acompañase á París, en donde necesitaba tres días para hacer los preparativos de mi viaje. Subí, pues, á mi carruaje con mis hijos y aquel oficial, á quien se había elegido como el mas instruido de los gendarmes. En efecto, hizome varios cumplidos acerca de mis escritos. «Ya veis, caballero, le dije, á lo que conduce el ser mujer de talento. Quitádselo de la cabeza á las personas de vuestra familia si teneis ocasion.» Traté de hacerme superior apelando á mi orgullo; pero sentía desgarrado mi corazón.

»Detúveme algunos instantes en casa de Mad. Recamier, en donde encontré al general Junot, que por consideracion á ella prometió ir al día siguiente á hablar al primer cónsul. Hizolo en efecto con el mayor calor...

»La vispera del día que se me había concedido hizo José Bonaparte una tentativa...

»Vime obligada á aguardar la respuesta en una posada á dos leguas de París, no atreviéndome á volver á mi casa en la ciudad. Trascurrió un día sin que me llegase esa respuesta. No queriendo llamar la atención sobre mí permaneciendo mas tiempo en la posada en que estaba, di la vuelta á las murallas de París para buscar otra, á dos leguas tambien de la capital, pero en camino diferente. Esa vida errante á cuatro pasos de mis enemigos, y de mi morada me causaba un dolor de que no puedo acordarme sin estremecerme.»

Mad. de Stael, en vez de volver á Coppet, emprendió su primer viaje de Alemania. Por esta época me escribió acerca de la muerte de Mad. de Beaumont la carta que he citado en mi primer viaje de Roma.

Mad. Recamier reunía en su casa en París todo lo mas distinguido que había en los partidos oprimidos y en las opiniones que no habían cedido todo á la victoria. Veíanse allí las notabilidades de la antigua monarquía y del nuevo imperio: los Montmorency, los Sabran, los Lamoignon, los generales Massena, Moreau y Bernadotte; aquel destinado al destierro, este al trono. Los extranjeros ilustres concurrían allí tambien: el príncipe de Orange, el príncipe de Baviera, el hermano de la reina de Prusia la rodeaban, como en Londres el príncipe de Gales tenía á orgullo el llevar su chal. El atractivo era tan irresistible, que Eugenio de Beauharnais y hasta los ministros del emperador iban á aquellas reuniones. Bonaparte no podía sufrir el triunfo de otro, aun cuando este fuese una mujer. «¿Desde cuándo, decía, se celebra el consejo en casa de Mad. Recamier?»

PROYECTOS DE LOS GENERALES.—RETRATO DE BERNADOTTE.—PROCESO DE MOREAU.—CARTAS DE MOREAU Y DE MASSENA A MAD. RECAMIER.

Vuelvo de nuevo á la narracion de Benjamin Constant. «Desde mucho tiempo, Bonaparte, que se había apoderado del gobierno, caminaba abiertamente á la tiranía. Los partidos mas opuestos se exasperaban contra él, y mientras que la masa de ciudadanos se dejaba enervar aun por el reposo que se le prometía, los republicanos y los realistas deseaban un trastorno. Monsieur de Montmorency pertenecía á estos últimos por su nacimiento, sus relaciones y sus opiniones. Madama Recamier solo se mezclaba en la política por su interés generoso hacia los vencidos de todos los partidos. La independencia de su carácter le alejaba de la corte de Napoleon, de la que había rehusado formar parte. Mr. Montmorency, imaginó confiarle sus esperanzas; le pintó el restablecimiento de los Borbones con colores propios para excitar su entusiasmo, y le dió el encargo de coaglar á dos hombres importantes entonces en Francia, Bernadotte y Moreau, para ver si podían reunirse contra Bonaparte.

Ella conocía mucho á Bernadotte, que despues fue príncipe real de Suecia. Cierta mezcla de caballeresco en la figura, de nobleza en las maneras y de finura en el talento, hacia de él un hombre notable. Valiente en los combates, osado en la ocasion, pero tímido en los actos que no eran militares, irresoluto en todos sus proyectos: una cosa que agradaba en él á primera vista, pero que al mismo tiempo servía de obstáculo á toda combinacion con él, era su hábito de de arengar, resto de su educacion revolucionaria, que nunca le abandonó. A veces tenía arranques de una verdadera elocuencia; lo sabía, y le gustaba ese género de triunfo, y cuando entraba en la esplanacion de alguna idea general relativa á lo que hubiese oido en los clubs ó en la tribuna, perdía de vista todo lo que le ocupaba, y no era mas que un orador apasionado. Tal apareció en Francia en los primeros años del reinado de Bonaparte, á quien siempre odió y fue siempre sospechoso, y tal se ha mostrado en estos últimos tiempos en medio del trastorno de la Europa, cuya emancipacion se le debe porque tranquilizó á los extranjeros, mostrándoles un francés dispuesto á marchar contra el tirano de la Francia y que sabía no decir mas que lo que podía influir sobre su nacion.

»Todo lo que ofrece á una mujer ocasion de ejercer su poder le es siempre agradable. Había además en la idea de concitar contra el despotismo de Bonaparte á hombres importantes por sus dignidades y su gloria cierta cosa de generosidad y nobleza que debía tentar á Mad. Recamier. Así fue que esta se prestó á los deseos de Mr. de Montmorency, y reunió con frecuencia en su casa á Bernadotte y á Moreau. Este vacilaba, aquel declamaba, M. Recamier tomaba los discursos indecisos de Moreau por un principio de resolucion, y las arengas de Bernadotte como una señal del hundimiento de la tiranía. Por su parte los dos generales estaban altamente satisfechos de ver halagado su descontento por tanta belleza, talento y gracia. Había en efecto algo de caballeresco y poético en aquella mujer tan jóven y seductora que les hablaba de la libertad de su patria. Bernadotte repetía sin cesar á Mad. Recamier que había nacido para electrizar al mundo y para crear seides.»

Al notar la finura de esta pintura de Benjamin Constant, presiso es decir que Mad. Recamier jamás habría entrado en aquellos intereses políticos sin la irritacion que sentía por el destierro de Mad. de Stael. El futuro rey de Suecia tenía la lista de los generales apegados aun al partido de la independencia, pero no figuraba entre ellos el nombre de Moreau: este era el único que podía oponerse al de Napoleon; pero Bernadotte ignoraba quién era ese Bonaparte cuyo poder atacaba.

Mr. Moreau dió un baile, al que asistió toda europa, excepto la Francia, que se hallaba representada solo por la oposicion republicana. Durante aquella fiesta, el general Bernadotte condujo á Mad. Recamier á un gabinete, adonde solo les siguió el ruido de la música que pudiera recordarles donde estaban. Moreau pasó á aquel gabinete, y Bernadotte le dijo despues de largas explicaciones: «Con un nombre popular sois el único entre nosotros que puede presentarse apoyado por todo un pueblo: ved lo que podeis y lo que podemos nosotros guiados por vos.» Moreau repitió lo que había dicho muchas veces: «Que conocia el peligro de que estaba amenazada la libertad, que era preciso vigilar á Bonaparte, pero que temía la guerra civil.»

Esta conversion se prolongaba, y se iba animando: Bernadotte se exaltó, y dijo al general Moreau. «No os atreveis á tomar la causa de la libertad! Pues bien; Bonaparte se burlará de ella y de vos: ella perderá, á pesar de nuestros esfuerzos, y vos quedareis

envuelto en su ruina sin haber combatido.» Palabras proféticas.

La madre de Mad. Recamier estaba relacionada con Mad. Hulot, madre de Mad. Moreau, y Mad. Recamier había contraído con esta última una de esas relaciones de infancia que tanto agrada continuar en el mundo.

Durante el proceso del general Moreau, Mad. Recamier pasaba su vida en casa de Mad. Moreau. Esta se quejó á su amiga de que su marido se lamentaba de no haberla visto todavía entre el público que poblada la sala y el tribunal. Mad. Recamier se dispuso para asistir á la audiencia al día siguiente de aquella conversacion. Uno de los jueces, Mr. Brillat-Savarin, se encargó de hacerle entrar por una puerta particular que daba al anfiteatro. Al entrar se quitó el velo y recorrió de una mirada la fila de los acusados á fin de buscar en ella á Moreau. Esté la reconoció, se levantó y la saludó. Todas las miradas se fijaron en Mad. Recamier, la cual se apresuró á bajar los escalones del anfiteatro para llegar al sitio que le estaba destinado. Los acusados eran en número de cuarenta y siete, y ocupaban las gradas colocados enfrente de los jueces del tribunal. Cada acusado se hallaba entre dos gendarmes, y estos soldados mostraban al general Moreau deferencia y respeto.

Notábase allí á Mr. de Polignac y á Mr. de Rivière, y especialmente á Mr. Jorje Cadoudal. Pichegru, cuyo nombre permanecerá unido al de Moreau, faltaba, no obstante, á su lado, ó mas bien se creia ver allí su sombra, pues se sabía que faltaba tambien en la prision.

No era aquello cuestion de republicanos: era la fidelidad realista que luchaba contra el nuevo poder: sin embargo, esa causa de la legitimidad y de sus nobles partidarios tenía por jefe á un hombre del pueblo, á Jorge Cadoudal. Viéronle allí con el pensamiento de que aquella cabeza tan piadosa é intrépida iba á caer sobre el cadalso, y que quizá solo Cadoudal no se salvaría, porque nada haría para conseguirlo. El no defendía sino á sus amigos, y en cuanto á lo que hacía relacion á él, todo lo confesaba. Bonaparte no fue tan generoso como quiere suponérsele: once personas adictas á Jorge perecieron con él.

Moreau no habló. Terminada la audiencia, el juez que había introducido á Mad. Recamier fué á buscarla. Esta atravesó el estrado por el lado opuesto á aquel por que había entrado, y costó los bancos de los acusados. Moreau bajó seguido de sus dos gendarmes, y llegó á estar separado de ella solo por una balaustrada. Tartamudeó algunas palabras que Mad. Recamier no pudo comprender por lo sobrecogida que estaba, y queriendo responderle, le faltó la voz.

Hoy que los tiempos han mudado y que el nombre de Bonaparte parece solo llenarlos, no es fácil imaginar de cuán poco pendía aun su poder. La noche que precedió á la sentencia, y durante la cual estuvo reunido el tribunal, todo París estuvo en alarma. Oleadas de gente afluían al palacio de Justicia. Jorge no quiso implorar gracia, y respondió á los que querían pedirle: «¿Me prometeis una ocasion mas bella de morir?»

Moreau, condenado á ser deportado, se puso en camino para Cádiz, desde donde debía pasar á América. Mad. Moreau fué á reuirse con él. Mad. Recamier estaba á su lado al marchar. La vió abrazar á su hijo en la cuna y volver en seguida para abrazarle de nuevo: condújola á su carruaje, y scibió su último adios.

El general Moreau escribió desde Cádiz esta carta á su generosa amiga:

Ciudadana 12 de octubre de 1804.

«Señora: creo que tendrís algun placer en saber

noticias de dos fugitivos á quienes habeis mostrado tanto interés. Despues de sufrir fatigas de toda especie por tierra y por mar, esperábamnos descansar en Cádiz, cuando ha venido á asediarnos en esta ciudad la fiebre amarilla, que puede compararse en cierto modo á los males que acabamos de experimentar.

»Aunque el parto de mi mujer nos ha obligado á permanecer aquí un mes, durante la enfermedad, hemos sido bastante felices para preservarnos del contagio; uno solo de nuestros criados ha sido atacado.

»Al fin nos hallamos en Chiclana, lindísima aldea á pocas leguas de Cádiz, gozando de buena salud, y mi esposa en plena convalecencia, despues de haberme dado una hija que está robusta.

»Persuadida mi esposa de que tomareis tanto interés en este suceso como en todo lo que nos ha ocurrido, me encarga que os lo comunique y os trasmita sus recuerdos.

»No os hablo del género de vida que llevamos, pues es escusivamente fastidioso y monoton; pero al menos respiramos con libertad, aunque en país de inquisicion.

»Os ruego, señora, que recibais la seguridad de mi respetuoso afecto, y me creais por siempre vuestro muy humilde y obediente servidor,

»V. MOREAU.»

Esta carta está fechada en Chiclana, sitio que parece prometer con gloria un reinado seguro al duque de Angulema; y sin embargo no ha hecho mas que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, á quien se ha creído consagrado á los Borbones. Moreau en lo íntimo de su alma estaba consagrado á la libertad; y cuando tuvo la desgracia de asociarse á la coalicion, solo se trataba á sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decia á Mr. de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la corona: «No tan grande, Moreau era republicano.» Este general no volvió á Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios habia grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustré capitán, Massena. Este iba al ejército de Italia, y pidió á Mad. Recamier una cinta blanca de su adorno. Un dia recibió ella este billete de letra de Massena:

«La cinta encantadora dada por Mad. Recamier ha sido llevada por el general Massena en la batalla y en el bloqueo de Génova; nunca se ha separado del general, y la victoria lo ha favorecido constantemente.»

Las costumbres antiguas se abren paso á través de las nuevas, de que forman la base. La galantería del caballero noble se encontraba en el soldado plebeyo el recuerdo de los torneos y de las cruzadas se hallaba oculto en aquellos hechos de armas con que la Francia moderna coronó sus antiguas victorias. Gisher, compañero de Carlo-Magno, no se engalanaba en los combates con los colores de su dama. «Llevaba, dice el monge de Saint-Gall, siete, ocho y hasta nueve enemigos ensartados en su lanza como ranas.» Gisher precedía y Massena seguía á la época de la caballería.

MUERTE DE MR. NECKER.—REGRESO DE MAD. DE STAEL.—MAD. RECAMIER EN COPPET.—EL PRINCIPE AUGUSTO DE PRUSIA.

Mad. de Stael supo en Berlin la enfermedad de su padre y se apresuró á volver; pero Mr. Necker habia muerto antes de que llegase á Suiza.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de Mr. Recamier: Mad. de Stael supo muy pronto este desgraciado suceso, y escribió al momento á su amiga madama Recamier:

Ginebra 17 de noviembre.

«Ay, querida Julieta! Qué dolor me ha causado la terrible noticia que recibí! Cuánto maldigo el destierro que no me permite estar á vuestro lado, y estrecharos contra mi corazón! Habeis perdido todo lo que contribuye á la felicidad y á la dulzura de la vida; pero si fuese posible ser mas amada y mas interesante de lo que antes érais, eso seria lo que os habria sucedido. Voy á escribir á Mr. Recamier, á quien compadezco y venero. Pero decidme, ¿seria un sueño veros aquí este invierno? Si quisiérais, podríais pasar aquí tres meses en un círculo estrecho, en el que seríais cuidada con pasion; pero en París también inspirábais ese mismo sentimiento. En fin, al menos, en Lyon, adonde hasta mis cuarenta leguas alcanzan, iré para veros, para abrazaros, para deciros que he sentido hacia vos mas ternura que hacia ninguna otra mujer que haya conocido. Nada sé deciros como consuelo, sino que sereis amada y considerada mas que nunca, y que los admirables rasgos de vuestra generosidad y de vuestra beneficencia serán conocidos á vuestro pesar con esta desgracia como nunca lo habrían sido sin ella. Seguramente, comparando vuestra situacion con lo que era, habeis perdido; pero si me fuese posible envidiar lo que amo, daria gustosa todo cuanto soy por ser lo que vos. Belleza sin igual en Europa, reputacion sin mancha, carácter altivo y generoso: ¡cuánta felicidad aun en esta triste vida, por la que uno camina tan despojado! Querida Julieta, que nuestra amistad se estreche mas y mas, que no se limite á servicios generosos, que todos han venido de vos, sino que sea una necesidad recíproca de confiarse sus pensamientos, una vida en comun. Querida Julieta, vos sois quien me hará volver á París, porque sereis siempre una persona omnipotente y nos veremos todos los dias; y como sois mas joven que yo, me cerrareis los ojos, y mis hijos serán vuestros amigos. Mi hija ha llorado esta mañana por mí y por vos. Querida Julieta, ese lujo que os rodeaba, nosotros lo hemos disfrutado: vuestra fortuna ha sido la nuestra, y me siento arruinada porque no sois ya rica. Creedme, queda felicidad cuando no se ha hecho amar así.

»Benjamin quiere escribiros, y está muy conmovido. Mateo de Montmorency me escribe acerca de vos una carta muy tierna. Querida amiga, que vuestro corazón se conserve tranquilo en medio de tantos dolores. ¡Ay! Ni la muerte, ni la indiferencia de vuestros amigos os amenazan, y estas son las heridas eternas. ¡Adios, querido ángel; adios! Beso con respeto vuestro rostro encantador...»

Esparciose un nuevo interés sobre Mad. Recamier: esta abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció hecha para la sociedad como para el mundo. Quedáronle sus amigos, «y esta vez, ha dicho Mr. Ballanche, solo la fortuna se retiró.»

Mad. de Stael atrajo á su amiga á Coppet. El príncipe Augusto de Prusia, hecho prisionero en la batalla de Eylau, pasó por Ginebra, dirigiéndose á Italia, y se enamoró de Mad. Recamier. La vida íntima y particular perteneciente á cada hombre, continuaba su curso bajo la vida general, el enseñamiento de las batallas y la transformacion de los imperios. El rico, al despertar, divisa sus dorados artesanados; el pobre, sus vigas ahumadas: para alumbrarles no hay mas que un mismo rayo de sol.

El príncipe Augusto, creyendo que Mad. Recamier podia consentir en el divorcio, le propuso casarse con ella. Queda un momento de esa pasion en el cuadro

de Corina que el príncipe obtuvo de Gerard, y que regaló á Mad. Recamier como un recuerdo inmortal del sentimiento que esta le habia inspirado, y de la amistad íntima que unia á Corina á y Jul eta.

Pasó el verano entre fiestas: el mundo se hallaba trastornado; pero sucede que el ruido de las catástrofes públicas, mezclándose á los placeres de la juventud, redobla su encanto y se entrega uno con tanta mayor viveza á los goces, cuanto mas próximo le parece estar de perderlos.

Mad. de Genlis compuso una novela sobre ese amor del príncipe Augusto. Un dia la encontré en el fuego de la composicion: vivia en el arsenal, en medio de libros empolvados en una habitacion oscura. No aguardaba á nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos ocultaban su rostro; tenia un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Recostada en las cuerdas del instrumento, paseaba dos manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, semejantes á las voces lejanas é indefinibles de la muerte. ¿Qué cantaba la antigua Sibila? Cantaba á Mad. Recamier. En un principio la habia aborrecido, pero al fin se sintió vencida por la belleza y la desgracia. Mad. de Genlis acababa de escribir la página siguiente acerca de Mad. Recamier, á quien daba el nombre de Atenaida:

«El príncipe entró en el salon conducido por madama de Stael. De repente se entreabre la puerta y se adelanta Atenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador de su rostro; pero se habia formado de ella una idea del todo diferente: habiase representado á aquella mujer tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos, con altivo continente y con esa especie de confianza que infunde con harta frecuencia ese género de celebridad, y veía, por el contrario, á una joven tímida que se adelantaba con turbacion y se sonrojaba al presentarse. El sentimiento mas dulce se unió á su sorpresa.

»Despues de comer ninguno salió, á causa del excesivo calor, y bajaron á la galería para tener un rato de música hasta la hora de pasear. Despues de varios acordes brillantes y de sonidos armónicos de una dulzura encantadora, cantó Atenaida acompañándose con el arpa. El príncipe la escuchó extasiado, y cuando terminó, la miró con una turbacion indecible, exclamando:—«También habilidades!»

Mad. de Stael, en la fuerza de su vida, amaba á madama Recamier; Mad. de Genlis, en su decrepitud, encontraba para ella los acentos de su juventud; la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de *Corina*, rival á quien detestaba: esto era una maravilla. Otra maravilla es verme escribir estos pormenores. Estoy recorriendo cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivia solitario y desconocido. Hubo felicidad sin mí en las riberas de Coppet que no he visto despues sin cierto impulso de envidia. Las cosas que han huido de mí en la tierra y que echo de menos, me matarian si no estuviese al borde del sepulcro; pero próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es dia perdido.

SEGUNDO VIAJE DE MAD. STAEL A ALEMANIA.

Mad. Stael partió segunda vez para Alemania. Aquí principia una nueva serie de cartas á Mad. Recamier, quizá todavia mas interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de Mad. Stael que se aproxime á aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginacion presta su expresion á los sentimientos. Grande debia ser la virtud de la amistad de madama Recamier, cuando supo hacer producir á una

mujer de genio lo que habia oculto y no revelado aun en su talento. Ademas se adivina en el acento triste de Mad. de Stael un disgusto secreto, de que solo la belleza debia naturalmente ser el confidente, porque solo ella no recibe semejantes heridas.

PALACIO DE CHAUMONT.—CARTA DE MAD. DE STAEL A BONAPARTE.

Habiendo regresado Mad. de Stael á Francia en la primavera de 1812, fue á habitar el palacio de Chaumont en las orillas del Loira á cuarenta leguas de París, distancia determinada por el radio de su destierro. Mad. Recamier fue á reunirse con ella en aquella morada.

Mad. de Stael cuidaba entonces de la impresion de su obra sobre Alemania, y cuando estuvo á punto de publicarse, la envió á Bonaparte con esta carta:

«Señor: me tomo la libertad de presentar á V. M. mi obra sobre la Alemania. Si se digna leerla, me parece que encontrará en ella la prueba de un talento capaz de alguna reflexion, y que el tiempo ha madurado. Señor, hace doce años que no he visto á V. M. y que me hallo desterrada. Doce años de desgracias modifican todos los caracteres, y el destiempo enseña la resignacion á los que sufren. Resuelta á embarcarme, suplico á V. M. me conceda media hora de audiencia. Creo poderle decir cosas que le interesen, y bajo este título le suplico me conceda el favor de hablarle antes de mi marcha. Solo me permitirá una cosa en esta carta, y es la explicacion de los motivos que me obligan á abandonar el continente, si no obtengo de V. M. el permiso de vivir en un sitio bastante cerca de París para que mis hijos puedan vivir en la capital. El haber caido en desgracia cerca de V. M. esparce sobre las personas que son objeto de ella tal disfavor en Europa, que no puedo dar un paso sin conocer sus efectos. Los unos temen comprometerse al verme; los otros se creen romanos en triunfar de ese temor. Las relaciones mas sencillas de la sociedad se convierten en servicios que un alma altiva no puede soportar. Entre mis amigos hay algunos que se han asociado á mi suerte con una admirable generosidad, pero he visto romperse los sentimientos mas íntimos contra la necesidad de vivir conmigo en la soledad, y he pasado mi vida hace ocho años entre el temor de no obtener sacrificios y el pesar de ser objeto de ellos. Quizá sea una ridiculéz entrar así en el pormenor de las impresiones propias con el soberano del mundo; pero lo que os ha dado el mundo, señor, es un genio soberano. Y en punto á observacion sobre el corazón humano, V. M. comprende desde los resortes mas grandes hasta los mas delicados. Mis hijos no tienen carrera; mi hija cuenta trece años, y dentro de poco será preciso establecerla; seria egoismo obligarla á vivir en las insípidas moradas á que me hallo condenada. Seria preciso, pues, separarme de ella tambien. Esta vida no es tolerable, y no sé hallar remedio ninguno á ella en el continente. ¿Qué ciudad puedo elegir en que la desgracia de V. M. no ponga un obstáculo invencible al establecimiento de mis hijos y á mi tranquilidad personal? V. M. mismo no sabe quizá el miedo que los desterrados infunden á la mayor parte de las autoridades de todos los países, y podria referirle cosas en este particular que sin duda sobrepujan á lo que V. M. tiene mandado. Han dicho á V. M. que yo echaba de menos á París á causa del Museo y de Talma: esto no pasa de ser una amena chanza sobre el destierro; es decir, sobre la desgracia que Ciceron y Bolimbroke han declarado ser la mayor de todas; pero aun cuando yo amase las obras maestras de las artes que debe la Francia á las conquistas de V. M.: aun cuando amase esas hermosas tragedias, imágenes del heroísmo, ¿podríais vos vituperarme por ello? La